

En aquella intimidad, de corazón a corazón, tuvo en sus labios esta pregunta: —¿Y eres tú quien tal cosa me propone?— Pero reaccionó fuertemente, dolorosamente, y después de clavar sus ojos en Rafael María, de manera intensa, balbuceó:

—¡Qué sorpresa!— ni me lo había figurado... Apenas nos hemos visto algunas veces...

— Ello no importa... pueden *ustedes* tratarse algún tiempo... Tal vez la simpatía hacia ese muchacho nazca en tu alma, puede hacerte feliz porque tiene condiciones muy apreciables...

—¿Qué yo lo quiera?... ¿Qué puede hacerme feliz? — preguntó ella, con la voz temblorosa por la emoción —; ah, ¡eso nunca!— Y rebotante de ingenuidad, sin analizar, porque el amor no sabe de estas metafísicas, exclamó, recalcando mucho la intención: — *Eso usted lo sabe muy bien.*

Con franca valentía, con toda la sinceridad de su alma ardiente e impetuosa, casi agresiva, Engracia había roto, con esas palabras, el telón de papel de los convencionalismos que Rafael María había sabido levantar entre ella y él desde hacía mucho tiempo. Ahora se miraban cara a cara, sin disfraz, de corazón a corazón, tal como eran, y en aquella intimidad que ya parecía tener algo de una complicidad que estallaba estruendosamente en sus conciencias, ambos tuvieron una percepción clara de sus respectivas situaciones y sintieron la desolación de sus almas, cada una co-

rrespondiente al dolor de la otra, sintiendo a la vez dos tormentos que les unían más fuertemente, más intensamente en aquel océano de profunda piedad y de conmiseración que anegaba sus almas.

Rafael María estaba deslumbrado ante la esfinge... Ah, la esfinge luminosa de aquel sendero... ¡Aquel estorbo formidable que impedía su marcha hacia el oriente de sus altos ideales!

Había quedádose mudo, absorto, reclinada la frente en la palma de la mano mirando a Engracia, con expresión indefinible, como se miraría una visión extraterrena.

Con voz que apenas pudo ser oída por Engracia, repitió:

—¡Sí, sí, yo lo sé muy bien!— y en una como iluminación de su espíritu, agregó: ¡A qué recordármelo, cruel, lo que no ignoramos los dos, lo que ha sido el eterno sol de mi vida, mi único pensamiento? ¡A qué recordarme que te llevo incrustada en mi alma, y que no han podido arrancarte de allí ni la penitencia, ni las oraciones, ni el trabajo, ni toda la austeridad del ministerio a que estoy consagrado, porque para arrancarte, sería necesario arrancarme el alma donde has crecido, y vivido, y echado raíces profundas, perfumando o envenenando mi existencia?

—¡No comprendes lo terrible de mi sacrificio?
¡No sabes que esto que te propongo es para

mí como si aplicara en mi corazón un hierro puesto al rojo, para matar esa honda llaga, aunque mi corazón también muera de dolor? Ignoras, acaso, que esta vida que vivimos aquí es una agonía lenta que no acabará nunca... o que puede terminar hundiendo nuestras almas en el abismo sin fondo del pecado? Y... yo no quiero, eso, Engracia de mi alma! Yo quiero ser virtuoso, redimirme y redimirte, cumplir hasta lo último con mis deberes y no traicionar mis juramentos. Yo ofrezco al Altísimo este sacrificio por el bien de nuestras almas, que se unirán, libres y felices, en aquella vida de eternas venturanzas infinitas.

Yo te ruego, Engracia—continuó Rafael María, después de una pequeña pausa en que los sollozos brotaban de su garganta—yo te ruego que no insistas en rechazar la única solución que puede salvarnos. Cásate y vete allá, al lado de tu marido, que yo quedaré aquí rogando por tu dicha. El trato, la costumbre de la vida, puede llevar a tu alma un poco de tranquilidad. Yo seré siempre tu hermano y velaré por ti.

Ante aquel desbordamiento pasional de Rafael María, Engracia sentía que su alma se desgarraba también. Comprendió la dolorosa intensidad de aquel sacrificio, y subyugada por tanta virtud, por tanta abnegación, derramando un raudal de lágrimas, contestó resueltamente ya, tuteándolo como antaño, como si en aquella

acción refleja encontrara un cariñoso lenitivo a su honda pesadumbre, un último cariñoso arrimo a aquel ser tan amado, tan dulce, tan puro y tan fuerte:

— ¡Bien, *tú* lo quieres, así sea! Quiero corresponder a tu sacrificio con el mío. Me casaré con Mauricio.

— ¡Ah, gracias! . . . ¡ Cuánto agradezco tu abnegación!

Se levantó frío, como un autómatas, y tomando la cabeza de Engracia entre sus manos, la besó en la frente, sin arrebatos, santa y fervorosamente, y salió luego del emparrado, tranquilo, majestuoso, saboreando toda la amargura de su sacrificio, con una severidad digna de los mártires cristianos, lleno de un santo orgullo de haber *fabricado el abismo en su espíritu*.

Ella quedó allí, sola, abandonada ~~en~~ su dolor, y permaneció largo rato llorando como debe llorarse en el funeral de la esperanza.

* * *

Al día siguiente, a eso de las tres de la tarde, Mauricio desmontaba de su alazán a la puerta de la casa cural, y después de haber amarrado a uno de los mangos la cabalgadura, llamó respetuosamente a la puerta.

Rafael María lo esperaba: le hizo un afable recibimiento, y poco después departían, allá en un ángulo de la sala.

Mauricio vestía su traje de dominguear: pantalón y chaqueta negros, camisa blanca, bien planchada, y el fino ~~jipijapa~~ lucía sobre la mesa su ~~fragante~~ blancura. Llamó la atención de Rafael María, que Mauricio se presentara calzando botines de becerro negro, con punteras de charol, lo que le daba un aspecto de persona principal y acomodada, aunque no mucha soltura en los movimientos, que parecían pesados, acusando a las claras la poquísima práctica de andar con aquellos avíos.

Había logrado vencer algo de su ingénita cordedad, pero una vez sentado frente a Rafael María, y al pensar en el asunto que allí lo llevara, se sentía sobre ascuas, y no acertaba a articular palabra, todo turulato, lleno de rubor, y sonriente como un chico de escuela.

Rafael María se hizo cargo de su situación, y empezó a hablar procurando inspirar al visitante la mayor confianza. El mozo miraba, entretanto, los ladrillos del suelo, rojos a fuerza de escoba, y sonreía.

No fué larga la entrevista; tratado el punto principal, Mauricio se levantó murmurando algunas palabras de agradecimiento.

—Venga usted por las tardes —le dijo Rafael María, mientras lo acompañaba hacia la puerta. Trátela algún tiempo, y si, como supongo, ella acepta la proposición de usted, por mi parte no hay ningún inconveniente. Es usted un hombre

honrado, trabajador, de sentimientos cristianos, y será un buen esposo. Ella merece ser muy feliz, créalo usted.

Con estas y otras razones que halagaban el amor propio del mozo, Rafael María le despidió con un efusivo apretón de manos.

A partir de aquel día, las visitas de Mauricio a la casa cural fueron constantes. Era recibido en el comedor, al lado del jardín, donde los *novios* conversaban al abrigo de la curiosidad y de las visitas intempestivas que pudieran malograr aquellas entrevistas, cuya animación el lector puede suponer.

Dueño del *sí* ansiado, Mauricio se había dado traza para arreglar el ajuar necesario sin escatimar gasto, y comprando a su entender lo que mejor le parecía, dándose aires de ricachón.

Sus convecinos no dejaron de murmurar cuando notaron que Mauricio se había puesto zapatos, y cuando tuvieron conocimiento de los preparativos que hacía, y hasta en San Roque se habló de la esplendidez del novio como de una cosa nunca vista. Algún erudito hizo alusión a las famosas bodas de Camacho, pero en el pueblo nadie recordaba quien había sido ese buen señor para que de tal modo se le aludiese.

De acuerdo con Rafael María y *ñor* Ignacio, se fijó el día en que la boda de Engracia y Mauricio debía verificarse. Se acordó que fuera el seis de Enero próximo, es decir, faltaba un mes, poco más o menos.

Mauricio visitaba dos o tres veces por semana la casa cural; la costumbre de verlo por ahí, y, más que todo, los agasajos y obsequios del mozo, habían granjeado la estimación de Tanasia, quien al principio fué hostil a las pretensiones del mozo, a quien juzgaba poco menos que indigno de ser el marido de una muchacha de las condiciones de Engracia; mas ahora, no era raro ver a Mauricio sentado en un banco, en la cocina, apurando el pocillo de café que Engracia le ofrecía con alguna de las muchas golosinas que ella siempre tenía a la mano, en animada charla con la vieja. Había perdido el mozo su cortedad y parecía más avisgado que antes, sin que por ello vaya a creerse que su natural palurdo y un tanto fanfarrón, como todo aquel que encumbra un brusco cambio de fortuna, había sufrido alguna modificación.

Engracia, con su natural perspicacia y viveza de genio, estudiaba a aquel hombre destinado a ser su esposo, y lo aceptaba por el solemne compromiso contraído en fuerza de las circunstancias, y pensaba, con dolor, en la monotonía de una vida pasada al lado de aquel hombre sin más ideales que los que constituyen la dicha del campesino, que no tiene otro mundo que el que marcan los surcos allá en el labrantío, los bueyes y la carreta. Ella sabía, eso sí, que aquel mozo la amaba perdidamente y que sería capaz de de echarse al fuego por ella, y ya eso

era algo que la consolaba en la inmensa tristeza de su vida. Pensaba que con paciente labor ella podía desbistar algo aquella naturaleza primitiva, inculcarle ideas y sentimientos para él desconocidos y poner en su hogar alguna luz, algún perfume que hiciera más llevadera su existencia.

El alma que ha sabido amar intensamente un ideal imposible, ha tenido, en fuerza de esa constante dinámica espiritual, una profunda cultura psíquica: un refinamiento de percepción y voluntad que le eleva a regiones de un éter tan puro, donde no pueden vivir sino temperamentos exquisitos, de una enorme fuerza sensoria. Se comprende, desde luego, las luchas que un alma dotada de estas cualidades debe empeñar, a fin de hacer subir, a su nivel, a otra alma que, en materia de sentimientos, apenas rastrea la vulgaridad pasional. Esos desconcertantes desequilibrios suelen ser, generalmente, el factor más principal de ciertos fracasos amorosos, si una de aquellas almas, la menos espiritual, no suple con otras virtudes la carencia de aquella fuerza sensoria, que la deja poco menos que rezagada en la marcha al porvenir.

Pero, en todo caso, es al hombre a quien corresponde el papel de director; él debe ser el vigía, el timonel; ella va confiada, tranquila en la experiencia, en el valor, en la audacia del conductor, se deja llevar, llena de fe hacia

adelante, pero uniendo su ideal al ideal de su conductor, y esas dos fuerzas sumadas empujan la barca de la vida.

Algo de esto reflexionaba Engracia, a pesar de la escasa cultura recibida en aquel medio en que se había criado, pero suplida por la exquisita sensibilidad de su alma.

En otras ocasiones se sentía tan apocada, con el ánimo tan decaído, que no pensaba en nada; se dejaba caer, en caída vertiginosa, no sabía en qué horrendo abismo... *Él* lo quería así; *él*, el único dueño de su alma... ¿Qué le importa los demás? Bien sabía que no iba al encantado país del amor tirada su barca por los delfines de la ilusión. Iba al potro, al tormento, saboreando, con cruel placidez, toda la amargura de su sacrificio.

XXVII

Y un día, después de otro, llegó el de la boda, que a Engracia le parecía lejano, muy lejano, en aquel vivir lleno de abatimiento, y de esa indiferencia con que mira el reo despuntar la aurora del último día de su vida, de tal modo ha arraigado en su sér la idea de la muerte.

¡Llegó la hora!

¡Ya? Bien, ¡marchemos! y se suben las gradas del patíbulo, o las del altar, con la misma indiferencia. Sólo que el cadalso, ofrece en perspectiva un descanso, mientras que el altar no es más que una etapa en esa vía dolorosa que no tiene otra perspectiva que el martirio largo, lento... peor mil veces que la muerte. Matrimonio de cuerpo, mientras el alma se abraza desesperada a otra alma que no es aquella a que se entrega...

¿Habrá algo más espantoso que ese suicidio ~~del alma?~~?

A las siete de la mañana, la comitiva sale de la casa cural con dirección a la iglesia. Engracia va del brazo de *ñor* Ignacio, que

actúa como padrino de Mauricio, y éste lleva también de bracero a la directora de la escuela pública, madrina de Engracia.

La comitiva la componían los principales vecinos de la villa, y algunos amigos de Mauricio, que vinieron en alegre cabalgata, luciendo lo mejorcito de sus guardarropas y los más flamantes arreos de sus caballerías.

La villa estaba de fiesta, y la aglomeración de gente en el templo, y fuera de él, era notable.

Engracia ~~vestía~~ ^{vestida} de blanco, cubierta de albo velo y coronada de azahares, estaba encantadora; contestaba en voz baja y trémula, por la emoción que la ahogaba, las frases que alguna amiga le dirigía, y no osaba alzar la vista del suelo, como para no darse cuenta de aquella inusitada alegría que parecía invadir todos los pechos en aquella bella mañana llena de sol.

Ya adento, el núcleo principal del acompañamiento esperó. La gente se arremolinaba en torno de la novia, y los cuchicheos se hicieron casi generales al contemplar su actitud.

—¿Por qué estará triste la novia? — preguntaba alguna curiosa, devorando después a Mauricio con la mirada.

—No, si es que es muy humilde—contestaba otra. Es un ángel... La crió el Padre Juan... Digna hermana del Padre Rafael María.

En la nave central hubo un movimiento, la

gente se apartaba dejando espacio libre en el centro, a lo largo de la nave.

Era el señor cura que se acercaba, vestidos los santos ornamentos, con un libro en la mano, en cuyos folios hundía su mirada.

Venía pálido, intensamente pálido, el andar pausado. Sonrió con dulzura al mirar a *ñor* Ignacio y a Mauricio, y aquella sonrisa fué como una corriente galvánica en la faz de un cadáver y sus ojos, aquellos grandes y profundos ojos, de una belleza excepcional, hacían pensar, en no se sabe qué tremendas noches de vigilia y de dolor. . .

Aquellas ojeras cárdenas debían ser la huella profunda que allí dejaran las lágrimas de fuegos vertidas allá en la más triste y desesperante soledad del alma.

Empezó la ceremonia. Rafael María leía la liturgia del caso, con voz velada por una intensa emoción, que le obligaba a aspirar frecuentemente, a cada momento, a fin de aparecer sereno. Mientras leía la epístola famosa, y sin levantar la vista del libro, sus ojos advertían el busto de Engracia, en aquel anhelar trabajoso, que le hacía suspirar hondamente bajo el velo que le cubría la faz.

Ambos tuvieron el valor de no mirarse, ni aún en los momentos álgidos de aquella tragedia que representaban con todo el estoicismo de los mártires.

Terminada la ceremonia, y concluida la misa, la gente abandonó el templo; ~~ya~~ poco después la sala de la casa cural se veía atestada de amigos y convidados que discurrían por el amplio corredor, donde estaban preparadas algunas mesas para tomar un pisco-labis.

Rato después, una pequeña orquesta, contratada por Mauricio en la próxima capital de la provincia, y que llegó con algún retardo, rompió a tocar con gran alegría y alborozo de los circunstantes, que juraban que en San Roque jamás se había oído música igual. Todos elogiaban la magnificencia del *novio* que no había escatimado gasto para que la fiesta resultara brillante.

Por la noche habría baile, para lo cual se tenía ya arreglado el salón de la escuela pública, previo permiso del presidente de la junta de educación, que, aunque casado y ya cincuentón, en cuanto se metía cuatro copitas entre pecho y espalda, era todo un don Juan, decidido y parlanchín, y en materia de bailar era capaz de arremeter con el mismísimo tango argentino.

Se tomó un buen café, acompañado de todas esas exquisitas golosinas de la industria casera, y no fueron pocas las botellas de cerveza y de coñac que se vaciaron entre taza y taza en medio de conversaciones alegres y chistes sin punta de los convidados.

A mediodía, la mayor parte de los invitados

ny

se habían marchado, unos a dormir la papalina, otros a vagabundear, pero casi todos resueltos a seguir la juerga por la noche, que tenía espléndida perspectiva.

Al almuerzo, que había sido casi en familia sólo se había sentado Rafael María, los recién casados, los padrinos y uno que otro allegado a la casa.

Engracia estaba un poco más tranquila, y contestaba sin displicencia las continuas preguntas que en voz baja le dirigía Mauricio, quien parecía cosido a sus faldas.

Después del almuerzo, Engracia le manifestó a su esposo deseos de descansar un rato en su cuarto; tenía jaqueca... y como él quisiera acompañarla, ella le replicó por lo bajo en tono que tenía algo de imperativo:

—No, quédese aquí atendiendo a la gente.

Sentía una imperiosa necesidad de estar a solas con su conciencia, meditar mucho, convenirse a sí propia de que efectivamente era ya la esposa de *otro hombre*.

Quería recogerse en sí misma para darse cuenta clara de su nuevo estado, quería tener unos momentos más de libertad para pensar, para llorar a sus achas, para aliviar su pecho de aquella cosa enorme que la ahogaba como un dogal...

Rafael María, que había notado la ausencia de Engracia, le hizo llamar poco antes de la co-

la

mida, a instancia de Mauricio, quien estaba sobre ascuas por la ausencia de su mujercita a quien no veía hacía algunas horas.

Engracia excusó, como mejor pudo, aquella ausencia, y aunque se sentó a la mesa no probó bocado.

La idea de tener que estar en el baile, de bailar tal vez algunas polcas y mazurcas, lo único que había logrado aprender casi a hurtadillas del Padre Juan y de Tanasia, la apesadumbraaba horriblemente...

¡Qué fastidio, qué suplicio!

Comprendía que estaba obligada, por las circunstancias, a llevar hasta el fin la farsa que representaba, y a ello estaba dispuesta, y luchaba por vencer la repugnancia que esa comedia le causaba hasta sentir náuseas, asco hacia todas aquellas manifestaciones de alegría de que era ella el centro principal.

Desde las primeras horas de la noche, el salón de baile se vió invadido por las principales familias de San Roque, y por muchas otras, amigas y vecinas de Mauricio que habían llegado en carretas, dispuestas a aprovechar aquella noche de alegría que venía a abrir un paréntesis en la vida triste y monótona que llevaban, y que tan raras ocasiones les ofrecía, de pasar un rato de solaz y esparcimiento; la noticia de que había llegado *una música de allá arriba*, despertó un entusiasmo inusitado por

todos aquellos alrededores, de suerte que la calle, frente al salón del baile, estaba invadida por una muchedumbre ávida y curiosa.

Rafael María habíase quedado en la sala de la casa cural, cuando la comitiva salió con dirección al baile; sacó una mecedora bajo los mangos, y allí se sentó a divagar, mientras a sus oídos llegaban las notas alegres de la orquesta, y el confuso rumor de las pisadas de los bailarines.

Varias veces había intentado refugiarse en su cuarto y buscar en las páginas de algún buen libro un poco de calma, pero otras tantas había desistido: todas las facultades de su alma estaban concentradas allá, en la sala de baile, y el rumor crecía a veces con el ruido de una marea; aquella música lejana tenía dejos de una melancolía tan honda, que hacía pensar, desear cosas ignoradas de una soberana ternura.

Él las sentía palpitar en su alma, inundándola, contagiándola de armonías, íntimas, delicadas, que le hacían entrever paraísos nunca hasta allí soñados en las ansias infinitas que ardían en su corazón como un fuego sagrado, inextinguible.

La noche había refrescado; la luna, ya muy alta, inundaba con su suave luz la placita, los árboles, las lejanías. La pequeña Iglesia, sus jardines y el campanario, destacábanse allá, hacia su izquierda, y la luz de la luna ponía reflejos

plateados sobre los vidrios de las ventanas del templo, que parecían brillar, como si adentro se celebrase alguna fiesta fantástica.

Con la cabeza reclinada en el espaldar de la mecedora, recordaba los principales episodios de su vida: toda su infancia pasada en aquella casa tan querida, bajo la paternal custodia del Padre Juan, al lado de Engracia, que tanto le había amado desde pequeña, y que había sido siempre la amiga de su corazón, su compañera inseparable; recordaba cómo había ido creciendo su amiga, convirtiéndose en mujer, y vigorizando, día a día, su profundo afecto hacia él, afecto que había persistido en el corazón de la muchacha, a pesar de las inclinaciones sacerdotales de él, que lo alejaban sin misericordia de aquel amor profundo y sincero que vivía en ella, contra todo y sobre todo, como vive aquello que es el germen de la vida misma, y que nada puede destruir porque es inmortal.

Había cerrado los ojos como en una voluptuosidad de sufrimiento, y su cerebro persistió en aquellas soñaciones retrospectivas que le asaltaban en acciones reflejas que se imponían con fuerza incontrastable.

Ahora se encontraba en el cenadorcito del jardín, después de la comida. Engracia le buscaba afanosa, y al entrar al cenador le había dicho:

—Ingrato, por qué huyes de mí?; no sabes que te adoro y que lejos de ti no vivo, no puedo vivir... y quieres casarme contra mi voluntad, egoísta, para buscar tu dicha, condenándome a mí a la desesperación, al infierno?

—Es preciso, es preciso... Mi deber me obliga a este sacrificio...

—Mentira! Tu deber es amarme, buscar la felicidad en nuestro amor, porque nuestro amor viene de Dios, por que Dios es amor... Tú te opones a la ley de Dios, quieres luchar contra él, vencerlo, pero no puedes, estás vencido... Tú me amas desde que eres un niño, nuestras almas están desposadas... Has querido huír y refugiarte en la cueva de los convencionalismos inmorales de un credo ridículo y cruel... Ven, no me dejes, quiero ser tuya para toda la vida... Despójate de ese hábito que no logrará cambiar las condiciones de tu alma, ni engañar tu naturaleza, ni matar el amor que te devora, que devora al mundo, porque quien no siente amor es un maldito, un protervo... ¡Hipócrita, hipócrita!

Rafael María se estremeció visiblemente y volvió en sí; se levantó como empujado por un resorte, frotándose los ojos, sin saber dónde se encontraba, inconsciente, casi despavorido.

Allá en la sala de baile rompió a tocar la orquesta una mazurca.

Bajo la apacible serenidad de la noche, aque-

llas notas dulces hirieron los oídos de Rafael María, y de su pecho exhaló un gemido de angustia.

— ¡Dios mío! — exclamó levantando la vista al cielo — ¡Perdón, perdón mil veces!

Y como si no pudiera más, dejóse caer en la mecedora, con la cabeza entre las manos.

Doce campanadas lentas, sonoras, vibraron en el reloj de la Iglesia.

— ¡Las doce! — murmuró admirado — ¡media noche! Su frente ardía y sentía escalofríos. Entró a la sala, llevando la mecedora. Allí cerca, en una mesita, había algunas botellas vacías, y restos de licor.

Por primera vez sintió necesidad, una fuerte tentación de tomar algo que le reanimara. Vació una copa de coñac y la apuró de un sorbo, atrancó la puerta apagó la lámpara y se refugió en su cuarto.

Empezó a desnudarse, y ya en pantalones y camiseta, quedóse distraído largo rato, siguiendo los acordes de la música que percibía claros y vibrantes; como un autómatas, sin saber lo que haría, empezó a vestirse de nuevo: púsose al cuello un pañuelo de seda, y marchando de puntillas, salió a la calle. Todo estaba desierto; los curiosos se habían marchado. La sala de baile resplandecía, y por las puertas y ventanas veíase pasar las parejas entregadas al baile, con una animación de creciente entusiasmo.

Atraído por aquel espectáculo casi nuevo para él, atravesó la plaza, y poco a poco fué acercándose, hasta llegar junto a un árbol que quedaba frente al salón, y desde donde podía ver a sus anchas. Rescatándose detrás del tronco, púsose a observar.

La música seguía en variaciones dulcísimas, de una melancolía que hacían suspirar a Rafael María. Los motivos se sucedían, y el violín, la flauta, y el violoncello instrumentos que parecen monopolizar las notas de más profunda dulzura, interpretar mejor ciertos sentimientos del alma, cantaban, sollozaban a veces como en ojos de ruego, de lamentos.

Había en la mazurca un *ritornello*, que se repetía, y que parecía ser el motivo principal del poema, de un sentimiento, y de una belleza conmovedores.

Pocas veces había oído Rafael María, en música profana, nada que tan hondo le hiciese sentir, nada que de tal modo evocara en su alma los recuerdos de su pasión infortunada, quedóse abstraído en aquella música, que en la dulce serenidad de la noche inundaba su alma en exquisitas vaguedades, y le crispaba los nervios de una tensión de «placer doloroso». Llegó a conmoverse tan profundamente, que sin darse cuenta, las lágrimas empezaron a caer de sus ojos.

Cada vez que entre las parejas del baile distinguía el traje blanco de Engracia, el corazón

le palpitaba fuertemente, y la miraba hasta perderla de vista en la confusión del baile, ~~ya~~ contaba los minutos que tardaría para volver a pasar frente a las ventanas.

Terminó la mazorca, y no la vió más. Esperó la pieza siguiente, pero probablemente ella había desistido de bailar, porque el traje blanco no volvió a aparecer.

El tiempo transcurría, y tres campanadas que vibraron en el silencio hicieron volver en sí a Rafael María, quien se retiró pensativo; no tuvo alientos ni valor para rezar sus oraciones acostumbradas, y se metió en la cama como quien se despeña en un abismo.

A las seis de la mañana siguiente, el toque de las campanas que llamaban a misa, recordó a Rafael María sus deberes espirituales, y soñoliento, ojeroso, displicente, dejó el lecho.

A su regreso, encontró en la sala a *ñor* Ignacio, en cuyo semblante el insomnio y las libaciones habían dejado huella, ~~inequívoca,~~ que venía a despedirse de Rafael María, y a presentarle las excusas de parte de Engracia y de Mauricio, por no haberse despedido de él.

El pobre Mauricio, sin duda de alegría y por culpa de los amigos, había bebido demasiado, y fué preciso mandarlo a su casa como a las cuatro y media, en una carreta. . . Iba tendido como un vástago ⁽¹⁾ decía *ñor* Ignacio riendo y celebran-

(1) Como un tallo de plátano.

do la monumental papalina cogida por Mauricio en la noche de su boda.

—¿Y Engracia?—preguntó Rafael María sobresaltado por aquella noticia.

—Se fué con él...

—¡Cuánto siento ese comportamiento de Mauricio! exclamó Rafael María, verdaderamente disgustado.

—¡Qué caray! —repuso *ñor* Ignacio —, a cualquiera le pasa una contingencia... Mayormente en una parranda como la de anoche. Los hombres deben saber de todo —agregó con esa filosofía natural de la gente del pueblo.

Rafael María guardó silencio, y se despidió de *ñor* Ignacio con la afectuosidad de costumbre.

—¡Pobre Engracia! —murmuró después— ¿Habré hecho bien?—y pensativo, llena el alma de tristeza, fuése al comedor y empezó a desayunarse.

XXVIII

Y transcurrió un mes, un largo mes, que fué para Rafael María un eterno lapso de sufrimiento.

~~El sosiego había volado de su pecho, y su vida se debatía desesperada en un mar de angustia.~~

Durante los primeros días estuvo como alelado; conforme el tiempo transcurría, el dolor de aquella herida se volvía más intenso, como si en lugar de la cicatrización que esperaba lleno de fe, algún ser diabólico se encargara de vaciar en su llaga el filtro de una ponzoña mortal.

Aquella casa, donde siempre ~~se~~ reinado la venturosa paz y la más santa alegría, parecía abandonada, como si un huracán devastador hubiese aventado, en sus rachas implacables y fieras, todos los nidos, todas las bellas floraciones del alma que le había santificado en una vida de oración y penitencia, inundándola de una inmensa desolación. Aquella casa tenía ahora severidad de cárcel, ecos de tumba, frialdad de sepulcro.

Experimentaba Rafael María una sensación de abandono y de soledad, como si todas las afecciones del mundo hubiesen muerto para él; como

había

si, por obra de un cataclismo, el mundo se hubiese tornado una inmensa mole de hielo, que giraba en el vacío, y fuese él el único ser viviente que alentaba en aquel caos de frío y de muerte.

em | Pero, lleno de valor ~~de~~ las altas decisiones de su espíritu, reaccionaba constantemente, procurando dominar aquella bestia encabritada, castigándola con el hierro puesto al rojo; y al sentir sus cauterios gemía dolorosamente, no por falta de heroísmo, sino por obra del sentimentalismo de la exquisita sensibilidad de su alma, colmada, saturada de aquel amor que llenaba su vida, al cual habíase acostumbrado, como a uno de tantos factores que integraban sus facultades anímicas.

Leía y trabajaba febrilmente. No era raro verle en el taller, a horas desusadas, clavando zapatos, encorvado frente a la mesa de trabajo, a la luz de la lámpara, procurando fatigarse para ganar el sueño, cuando, rendido de tanto ajeteo, buscaba aquel refugio reparador, que también huía despiadado, abandonándolo en vigiliass desesperantes.

—Señor, clamaba el deventurado, sintiendo a veces la flaqueza de su alma—¡Señor, apiádate de mí! ¡Por qué este cáliz tan amargo, tan hondo?

Muchas veces había recibido excitativas de Mauricio, de ñor Ignacio, de la propia Engracia, para que fuese a verlos alguna tarde, pero él siempre se excusaba. Había mucho trabajo, tenía

que hacer mucho, más adelante, tal vez en la otra semana, y así dejaba transcurrir los días, luchando estoicamente, venciendo el deseo de ir allá, de ver a Engracia siquiera fuese por breves momentos. Quedábase meditabundo, con la vista fija en cualquier punto de la mesa llena de utensilios, y lanzando un suspiro murmuraba, después de aquellas abstracciones en que su espíritu viajaba por misteriosas regiones:

—¿A qué esta concesión a mi debilidad? ¡No, no debo ir!

Algunos domingos habían venido Mauricio y *ñor* Ignacio a oír misa, y habían almorzado con Rafael María; durante el rato de sobremesa que pasaban juntos, éste adquiría noticias.

Engracia estaba buena, no había querido venir, por no dejar la casa sola; estaba criando polluelos, y se había propuesto explotar el negocio de huevos, pues por aquellos andurriales siempre se veían compradores del artículo, que revendían en las capitales de provincia con buenas ganancias.

Después de estos ratos de expansión, en que Rafael María conversaba con Mauricio muy amistosamente, los visitantes se marchaban, haciéndole la misma excitativa de que fuese a verlos pronto.

Algún tiempo después, un domingo, llegó un chico a la casa cural, conduciendo la mula de *ñor* Ignacio. Rafael María acababa de almorzar

y se paseaba por la sala, a grandes pasos, para gastar aquella impaciencia nerviosa que frecuentemente le atormentaba.

Al mirar al chico montado en un jamelgo, conduciendo la caballería de ñor Ignacio, comprendió en seguida de qué se trataba. El chico dió el recado al pie de la letra.

Ñor Ignacio le enviaba la mula para que le hiciera el favor de ir allá... Esa mañana había estado muy mal y no se sentía muy bien todavía.

Rafael María se alarmó con aquella noticia. Recordó que, efectivamente, ñor Ignacio había sufrido una afección cardíaca de la cual parecía estar muy bien hacía algunos años, y creyendo fuese un caso apremiante aquella desgraciada recrudescencia, interrogó al chico.

Un poco más tranquilo con la respuesta, dió trazas para montar, y un rato después cabalgaba precedido del mandadero.

Meditaba en aquel incidente, y no dejaba de sentir alguna satisfacción al recordar que ese viaje, tan deseado y tan temido, no era el resultado de su voluntad. Era llamado por su padrino, el hombre a quien debía su carrera sacerdotal, el hombre que había hecho con él las veces de padre, bajo cuya protección había vivido y crecido, y el cual amaba entrañablemente por las bellas dotes de su carácter ingenuo y jovial.

¿Por a ver a Engracia?... *¿*Haría bien? En el fondo de su conciencia sentía que no, que no

a/
Engracia/

obraba bien, que debía evitar la vista de aquella mujer a quien amaba, y de la cual, él estaba seguro, era amado, a pesar del abismo infranqueable que los separaba, por que él *no era un hombre*, porque su credo había querido hacer de él un ser sin sexo, una entidad puramente espiritual, insensible al amor, a las pasiones humanas; él, por obra de los juramentos de su apostolado, estaba *fuera del hombre*, fuera de la comunión material del mundo. Era hombre de predicación, de ejemplo, y ella era la esposa de otro hombre, al cual él ~~le~~ había entregado en matrimonio. Ella no existía, mejor dicho, no debería existir para él. Engracia ya no debía ser otra cosa que un recuerdo vago de su vida pasada, una mera ilusión de su memoria; entonces, a qué volver a verla? ¿No era preferible mantener aquella ausencia que más o menos tarde debía borrar por completo de su imaginación la imagen de aquella mujer? ¿A qué volver a atizar aquella hoguera, revivir aquel fuego para que le abrasara con más intensidad?

—Pero—pensaba—me será dable observar esta conducta? ¿Cómo explicar ante las gentes ese proceder mío, que aparecía casi sospechoso, tratándose de una mujer que ha sido y es mi hermana, y sobre la cual tengo el deber de velar?

¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer?... ¡Cúmplase tu voluntad!

la

Haciendo ~~esto~~^{estas} y muchas otras reflexiones, llegó a la casa de su padrino ñor Ignacio.

Las varas de las agujas de la tranquera estaban descorridas, como en espera de su llegada, y la mula, concedora de su rincón, entró resueltamente al patio, y se detuvo frente al corredor de la casa.

Rafael María echó pie a tierra, y ñor Ignacio apareció en el umbral de la puerta, pálido, con la barba crecida, de muchos días, arrebuñado en un abrigo de lana.

Abrazáronse con efusión, y Rafael María, lleno de solicitud, se enteró del estado de su padrino.

—No había sido nada—decía éste—un ataque... pensé que me ahogaba... Al fin las máquinas viejas se herrumbran... El aceite se va acabando, qué caray!

Conversaron largamente. La esposa de ñor Ignacio, lo mismo: no había mejoría. Ella soportaba cristianamente sus penas, hasta que Dios fuese servido de llamarla... Ya no era más que un estorbo, no servía para nada en aquella casa, y la pobre vieja sonreía, llena de resignación cristiana.

—... ¡Pa lo que había de durar en este mundo! Ella lo que le pedía a Dios, era que le conservara su Nacho, y lo aliviara del mal que sufría: a ella le dolía en el alma dejarlo ~~solo en el mundo.~~ solo.

Rafael María les consoló, con palabra fácil y persuasiva, y después de una charla que procuró hacer lo más amena posible, terminó diciendo a *ñor* Ignacio:

— Mañana, si se siente mejor, vaya a casa, y si no mándeme un recado, yo haré que el médico venga a visitarlo. Es bueno seguir algún régimen curativo. Hay que agotar los medios.

Rafael María disponíase a marchar, y ya cerca de la tranquera despedíase de *ñor* Ignacio, cuando éste, muy admirado, le dijo:

— ¡Cómo, no va a ver a Engracia? vaya un ratito, todavía es temprano.

— ¡A Engracia? — murmuró Rafael María palideciendo—. Es verdad... — Y sin saber lo que decía preguntó: — ¿Cuál es la casa.?

— Aquella que se ve allá, a la izquierda... Tiene dos naranjos en el patio.

Rafael María dejó caer la sotana que había recogido a la cintura para montar, y se encaminó a la casa que *ñor* Ignacio le indicara. Iba despacio, tratando de serenar su espíritu, intensamente agitado por la emoción, con la vista fija en la casa, que blanqueaba en el follaje. Veíala de costado; detrás quedaba un prado grande lleno de árboles, bajo los cuales algunas vacas ramoneaban en el césped de un color verde intenso; a los lados, y detrás del prado veíase una gran extensión de tierra de labrantío; allá

a la derecha, en el fondo, el bosque de verdes penachos de un cañal, cuyas hojas la brisa agitaba suavemente, y en el fondo, la montaña, descujada a trechos, donde la ceniza de las quemas ponía sus manchones blanquinosos. La casita tenía las ventanas pintadas de un verde rabioso, y la rústica tranquera había sido substituída por una portezuela formada de gruesos sunchos de hierro, también pintados de verde.

A la derecha e izquierda de la entrada dos jardinillos, esmeradamente cuidados.

La casa, como casi todas estas viviendas, tenía un corredor al frente, y dos bancas de madera a los lados de la puerta principal.

Al penetrar Rafael María en el patio, reducido ahora por los jardinillos, advirtió a Engracia, sentada en el corredor, en un amplio taburete de cuero, con un libro en la mano. Parecía estar abstraída en la lectura, pues no se dió cuenta de la presencia del visitante, sino cuando éste estuvo muy cerca de ella, y le decía con voz velada por la emoción:

—¡Buenas tardes, Engracia!

Ella se estremeció, visiblemente sorprendida; quedóse mirando a Rafael María, y pálida, extraordinariamente pálida, por aquella inesperada aparición, se levantó confusa, atolondrada, sin acertar a decir cosa alguna; avanzó lentamente, los ojos fijos en Rafael María, y le extendió la mano, mientras, penosamente, decía:

— ¡Ah, usted!...

— Sí, yo; vine a ver a *ñor* Ignacio, y no he querido irme sin venir a saludarte... ¿Qué tal, cómo estás?

Ella hizo un mohín, levantó los hombros y contestó:

— ¡Bien!

— Cuánto me alegro — repuso Rafael María aceptando aquella palabra en su sentido literal.

— ¿Y Mauricio? — preguntó luego.

— Allá adentro... Está acostado...

Y al decir esto, Engracia se puso roja, como la grana, un rojo que iba subiendo, subiendo de tal manera, que parecía que la sangre quería saltar por todos los poros.

Ella advirtió que Rafael María notaba aquella turbación, y para disimular, ~~pasó~~ repetidas veces su pañuelo por la faz. *pasó!*

Se sentaron en un banco del corredor y departieron amigablemente, escondiendo mutuamente sus ansias, el fuego de su amor.

Rafael María admiraba a Engracia; sus formas redondas y llenas acusaban el desarrollo pleno de su cuerpo joven y sanguíneo; las rosas de sus mejillas se esfumaban en aquel cutis ligeramente moreno, de durazno maduro; cuando hablaba, Rafael María quedábase embelesado mirando aquellos labios de grana, un tanto carnosos, y el brillar de sus bellísimos dientes eran relámpagos de blancura en aque-

lla herida que parecía sangrar, tal era su boca.

Él recordaba, cuando chico, las veces que había besado aquella boca, y ahora se asomaba, en vértigos que le hacían perder la cabeza, delirantes, a aquel abismo atrayente en la misma tentación.

Súbitamente, Rafael María se levantó, y dando algunos pasos, se encaminó a la sala.

— Quiero ver a Mauricio antes de irme—dijo en voz alta.

Engracia entró a la sala, y acompañó a Rafael María al dormitorio, una pequeña pieza que daba al fondo. Otra vez la muchacha se puso roja; le era imposible disimular ahora el sentimiento de honda angustia, de vergüenza que le dominaba.

Sobre la cama, aderezada con toda pulcritud, estaba Mauricio tendido, en posición supina, la boca entreabierta, rojo, desgreñado y sudoroso. Habíase quitado la chaqueta; y sobre la camisa, ya lamentable, aparecían las manchas de ceniza del cigarro apagado que aún conservaba en la mano; el betún y la tierra de los zapatos que tenía puestos, afrentaban la blancura de la colcha.

Al lado, sobre un baúl de cedro barnizado, una botella de coñac, y un vaso con residuos de licor, revelaron claramente a Rafael María el motivo de aquel sueño letárgico en que Mau-

ricio se hallaba sumido. La estancia apestaba a alcohol.

—¿Es posible? — preguntó Rafael María a Engracia, después de una pausa, sintiendo que la pena le ahogaba.

—Ya lo ve—contestó ella en tono de resignación, bravamente, pensando en que ya le era inútil ocultar a los ojos de Rafael María aquella vergonzosa realidad.

—¿Con mucha frecuencia?

—Por desgracia!

—¿Por qué no me lo has dicho?

—¿Para qué? Acaso le corresponde a nadie más que a mí llevar la cruz que me ha sido dada?

Rafael María sintió que una horrible angustia laceraba su alma.

—¿Por qué dices eso? ¿Crees por ventura que me eres indiferente, que no me interesa tu suerte, tu porvenir, que no sufro por tus penas?

Engracia guardó silencio.

—Dime—insistió él—¿crees que ya no existo para ti?

—Desde que me casé, o mejor dicho, desde que usted me casó con *ese hombre*, creo que nadie debe preocuparse de mi porvenir...

Sigo el camino que se me señaló, y a nadie me quejo, a nadie culpo...

—¿Engracia, es posible que me hables con tal crueldad? ¿Crees que mi corazón ha cambiado?

Soy el mismo afectuoso hermano que llora tu ausencia...

—Yo, creía—interrumpió Engracia, con alguna intención— que desde que usted se libertó de mí, había conseguido su tranquilidad...

Hablaban en voz baja; aquel murmullo hizo que Mauricio abriera los ojos y los fijara, con expresión de idiota, en Engracia y Rafael María. De pronto sonrió, y haciendo un esfuerzo, se sentó en la cama restregándose los ojos mientras balbuceaba algunas palabras.

—Ah, era usted, dispéñeme... Tenía un poquito de sueño... y me acosté... Siéntese, siéntese—Y levantándose con alguna dificultad, acercó un taburete a los pies de la cama, instando a Rafael María, con esa obsequiosidad pesada insoportable de los ebrios, y agregó, tratando de rodear con su brazo la cintura de Engracia: —Esta *chola* aquí conmigo—. Ella evitó la acción de Mauricio, y él se sentó pesadamente en el borde de la cama, hilvanando algunas frases como excusando su conducta.

Rafael María, trató de insinuarse, a fin de que Mauricio no se apenara por aquel suceso, y aún disculpó que hubiese dormido una siesta.

—Todo puede hacerse, amigo—terminó Rafael María—cuando se trabaja como usted, y hasta tomar una copita alguna vez; pero eso sí, sin abusar, sin hacer una costumbre que resultaría perniciosa, de aquello que sólo debe hacerse por expansión y por placer.

— ¡Claro! — asintió Mauricio un poco más despejado — es lo que yo digo. Se puede gozar del licor, pero el licor no debe gozar de uno.

Conversaron un rato más, y Rafael María venciendo la insistencia que Mauricio le hacía, para que se quedara a comer con ellos, pudo verse libre, y salió precipitadamente de la casa en dirección de la de *ñor* Ignacio.

Allí, en el seno de la intimidad, Rafael María, lleno de pena y desasosiego, refirió a su padrino todo cuanto acababa de ver en casa de Mauricio.

— Es una cosa que me ha sorprendido muy dolorosamente a los tres meses de casados, y ya se embriaga en presencia de su mujer... ¡Qué triste porvenir se prepara a la pobre Engracia si Mauricio no cambia de conducta!

— A mí también me ha sorprendido eso — replicó *ñor* Ignacio—. Ese muchacho, antes tan formal y trabajador, está inconocible. Parece un poco aperezado para el trabajo, ahora que tiene obligaciones a que atender, y con una esposa como la que Dios le ha dado, que no se la merece! Se ha vuelto pretensioso, y no admite que nadie le haga reflexiones... Hasta lo encuentro un poco altanero... Yo no había querido decirle nada a usted, creyendo que eso le pasaría... ¡Dios quiera se corrija!

— Yo le ruego — suplicó Rafael María entristecido — que lo aconseje que lo dirija... Tal vez

usted logre algo... Yo no dejaré de amonestarlo si él persiste en ese camino.

la Rafael María montó en ~~una~~ mula, y después de despedirse de *ñor* Ignacio, que asintió a secundar sus buenos oficios en bien de Mauricio, empezó a caminar, sintiendo que su alma se ensombrecía, que algo allá dentro se apagaba, se hundía con estrépitos de cataclismo.

¡ Dios mío, esto me faltaba! — murmuró alzando los ojos allá arriba, en busca del consuelo que no había podido hallar en la tierra.

XXIX

La tribulación de Rafael María, ahora que meditaba a solas con su conciencia, no tenía límites.

La ruina moral a que había llegado su alma era desastrosa. El enorme sacrificio consumado, para purificar su vida y encaminar la de Engracia a un porvenir que juzgaba halagüeño, había resultado estéril, contraproducente, porque empezaba a sentir que las fuerzas le abandonaban, que su alma desfallecía en la tremenda lucha, en aquel duelo a muerte que mantenía con su carne. En vano abrevaba en las fuentes del ascetismo, el bálsamo consolador, el cordial de la fe; en vano había buscado en el desierto de su vida, el oasis de la oración como un supremo refugio, y vanos habían sido la cruz de la penitencia y el dolor del silicio que laceró su cuerpo. Su alma persistía inundada como antes, como hacía un año, cinco, diez, en el fervor de aquella pasión que había vivido con él, como la sombra al cuerpo, en todas las etapas de su vida, pensando, en su optimismo de creyente, que al vestir el hábito

de apóstol de Jesús, aquellas ilusiones de la niñez se desharían como la bruma a los primeros rayos del sol de su fe.

Y ahora, a todos esos dolores, a todos esos martirios, unía el mayor, el que más hondamente le atormentaba, ^{la} enorme responsabilidad de aquel matrimonio sin amor, a que había obligado a Engracia, un verdadero suicidio espiritual, uniendo la suerte de la desventurada, a la de un palurdo, casi inconsciente de los deberes a que le llamaba la nueva posición adquirida, tal vez únicamente por un sentimiento de vanidad, o por llenar simples, innobles satisfacciones carnales. Y comprendía, que la base, el eje de aquella máquina infernal, que se alzaba ante su vista como un maldito hacinamiento de injusticias, no era otro que su egoísmo cruel, sí, aquel egoísmo cruel sobre el cual pensó en edificar toda la tranquilidad de su vida futura. Sentíase ahora más dueño de Engracia, más cerca de ella, desde luego que la creía desgraciada, irremediabilmente perdida para la dicha de aquel hogar que él había edificado, llevando como piedra fundamental su propio corazón.

Aun recordaba, con espanto, las frases de *ñor* Ignacio, y pensaba que si Mauricio persistía en aquella vida, su ruina sería un hecho, y aquel hogar caería fulminado por la llamarada de los vicios.

Había meditado su plan, y comunicádolo a *ñor*

Ignacio, a quien tocó la parte más difícil de su ejecución. El asunto, después de alguna lucha, presentaba buen aspecto, y sólo se esperaba una buena coyuntura para que llegara a feliz término.

El empeño de Rafael María consistía en que Mauricio inscribiera, a nombre de Engracia, algunos bienes, a fin de asegurarle un porvenir menos angustiado, que la pusiera al abrigo de la miseria, si lo que él veía como una lejana tempestad, llegara, desgraciadamente, a desencadenar sus inclemencias sobre la desventurada esposa.

Por Ignacio había venido algunas veces a la casa cural, donde solía pasar buenos ratos con Rafael María. Este, desde que el médico había diagnosticado una seria lesión cardíaca, de resultados fatales, caso de repetirse el ataque, sentía por su padrino una afección más honda, un piadoso cariño que le manifestaba en todas aquellas ocasiones que le eran propicias.

Aquel noble viejo, hijo de la montaña, estaba herido de muerte, así como esos cedros centenarios cuyo tronco se agrieta en la soledad del bosque, por un fenómeno que nadie se explica, y caen después con la majestad y la grandeza de una columna que se desploma.

Aun cuando él ignoraba el diagnóstico de su dolencia, comprendía que su mal era grave, y uno de tantos días, había extendido ante el Al-

calde de la villa su testamento, con aquella ecuanimidad de su carácter jovial y sincero.

—Nadie tiene la vida comprada—decía—y es necesario estar listo para el viaje del cual nunca se regresa.

Rafael María se informaba, con frecuencia, de la conducta de Mauricio, quien había tenido pequeñas saludables reacciones, para caer después y tomar la revancha con algún entusiasmo.

unciada Criado al lado de un padre severo y trabajador, creció como una bestia ~~nacida~~ al yugo, haciendo la cotidiana labor, sin mayores afa-nes, cumpliendo sencillamente lo que él juzgaba *su deber*, sin desperdiciar la ocasión, cuando ésta se presentaba, de correr una juerguita con algunos compañeros de su edad, y no fueron raras las noches pasadas fuera del hogar, llegando a altas horas de la madrugada, a escondidas de su padre, para dormir un par de horas antes de emprender las rudas faenas del campo, al que llegaba soñoliento y extenuado.

Quizá la clase de educación que recibió, si tales costumbres pudieran llamarse educación, formaron aquel carácter de solapada hipocresía que se nota generalmente en ciertos muchachos criados por viejos chapados a la antigua, que se figuran que un mozo de veinte años ha de vivir sin aspiraciones, sin aquellas expansiones indispensables a su ser y estado, sin llevar

nunca una peseta en el bolsillo, y que cuando suena el Ángelus deben rezar el rosario en familia, y acostarse en seguida para mañanear al trabajo, como el asno que recibió en el pesebre la correspondiente ración de grano.

Algunos caracteres se habitúan —o al menos lo parece— a esa vida estúpida y embrutecedora; mas, la generalidad, al sentirse libre del bozal que le ata al poste de aquella disciplina inquisidora, corren, saltan, se despeñan, en justa compensación de una vida de privaciones y fatigas, llegando, en el afán de devorar el placer, tanto tiempo esperado, a caer en los vicios más degradantes, y en los mayores extravíos.

Tal había ocurrido a Mauricio, más o menos: se vió libre de aquella severidad paternal bajo la cual había vivido, y casi dueño de los haberes del viejo, empezó a disfrutarlo como ~~mejor~~ le venía en gana.

mejor

Disponía de *mandador*, a quien comunicaba sus órdenes como cualquier rico hacendado, y ya tenía a menos empuñar la pala o el machete como antes.

Vestía con ostentación, y el calzado, que en épocas anteriores sólo usaba los domingos, lo llevaba constantemente, lo que había provocado no pocas cuchufletas entre la peonada y vecinos del lugar.

Aspiraba, como tantos pobres diablos enriquecidos, a ser *señor* de valer y de consideración,

ya que, él, ~~ya~~ se lo figuraba así, era hombre de buena posición pecunaria que podía reirse de los azares de la vida.

Engracia, que se había hecho cargo de todo ello, desplegó el mayor ingenio para desbastar y pulir un poco aquella naturaleza vacía y perfectamente nula, en la creencia ^{de} que allí se escondiera alguna bella condición que cultivar, algún noble sentimiento que exaltar, pero, ¡ qué grande y qué doloroso había sido su desengaño!

No halló, en aquella alma, otra cosa que un caos de ignorancia y de estúpida vanidad, una negación absoluta de aquellas virtudes y tendencias que caracterizan al sér normalmente constituido, regularmente capacitado para un mejoramiento de sus facultades.

Después de haber agotado su paciencia, Engracia había comprendido que en aquel bloque de granito se mellarían los cinceles de su constancia; ella, que había soñado en hacer de aquel mozo un hombre que, siquiera, relativamente, llenara en parte las aspiraciones de su alma.

Su vida se deslizaba triste, en esa resignación dolorosa que sigue a la muerte de una esperanza que nos habíamos forjado en el amable reir de las ilusiones.

Por su parte, Mauricio llenaba las obligaciones materiales de jefe del hogar, ampliamente. Las trojes estaban siempre bien abastecidas, y hasta se permitía el lujo de tener por allá, en su dormi-

torio, una caja de coñac que cuidaba de reponer, una vez consumida.

Creía que eso era lo principal, y que todo lo demás eran pamplinas. Para él no existía otro mundo que el puramente material.

Engracia sufría con paciente resignación aquella vida a que estaba condenada, y se había familiarizado con las asperezas y brusquedades de que con frecuencia era objeto por parte de Mauricio. Ahora le dejaba hacer, pues sus exhortaciones, lejos de tener una acogida benévola, parecían irritar a su marido. No obstante, ella seguía siendo la misma de antes: trabajaba desde el alba hasta la noche; lavaba y ³⁷planchaba la ropa, cuidaba del jardín, de sus cluecas y polluelos, de los cerdos que engordaba, y procuraba rehacer lo que su marido destruía. En los pocos ratos de ocio de que disfrutaba, leía, bordaba, y ejercitaba su escritura copiando versos o párrafos de los escasos libros que podía haber a la mano.

Rafael María había ido a verlos muy raras veces. Mauricio lo había recibido con algún cariño al principio, con alguna reserva después, y cuando aquel notó que sus visitas eran acogidas con alguna frialdad, por parte de éste, las había suspendido, para no dar motivo a que nuevos sufrimientos laceraran el alma de Engracia.

La misión encargada a *ñor* Ignacio había tenido feliz éxito. Mauricio había accedido en traspasar la propiedad de las dos casitas que

poseía en San Roque, al lado de la casa cural, a Engracia, y ella recibía el importe de los alquileres que ahorraba en poder de un honrado comerciante de la localidad. Más de una vez había sacado a Mauricio de pequeños apuros, dándole su dinero, porque ya empezaba a sufrir alguna estrechez en sus negocios, en los que se ocupaba poco, en la creencia de que ellos marcharían solos, sin mayores desvelos.

Por este tiempo Engracia había experimentado uno de los mayores disgustos. Mauricio se había empeñado en venir a la capital, con el objeto de realizar una cantidad de cereales de la última abundante cosecha que había recogido, porque nadie mejor que él,—según decía—para vender a buen precio sus granos. Ya verían, ¡haría un dineral!

Emprendió, pues, el viaje, y efectivamente vendió a regulares precios el cargamento.

Era un viernes. El mercado de San José hervía, en las calles adyacentes de un sinnúmero de carros y carretas, descargaban esa diversidad de provisiones que viene a surtir aquel establecimiento con todos los productos indispensables al sustento de la capital, y los compradores y vendedores ejercían ~~en~~ esa gimnasia de la oferta y la demanda, que regula y fija los precios de los artículos.

Mauricio, pues, había colocado sus mercancías, y recibía en buenos billetes de banco el importe, que contaba billete sobre billete. ~~el comprador~~

Contento del éxito de su viaje, pensó en divertirse un poco antes de volverse a su pueblo, y echó a andar por las calles de la capital, que casi no conocía; pues había estado una sola vez con su padre, hacía algunos años.

Le encantaba ver la marcha de los automóviles que hasta ahora no había visto, y a cada momento se paraba al lado de la vía, para seguir con la vista la carrera de los vehículos.

De pronto una mano, que se posó familiarmente en su espalda, le sorprendió; él no conocía a nadie ni tenía amigos en la capital. Volvióse bruscamente, y vió a dos personas regularmente trajeadas, dos caballeros, uno de los cuales, con mucha finura, le dijo:

—Caballero, me haría usted el favor de cambiarme este billete?

Era un billete nuevo, flamante, de veinte colonos.

Mauricio recordó que llevaba puesta una corbata, para no parecer mal, que vestía su traje de paño azul, y que su chaquetón, ya casi llegaba a ~~jerarquía~~ *jerarquía* de saco (1). Parecía, efectivamente, uno de esos caballeros de campo, de suerte que no le extrañó mucho oírse llamar *caballero*, por aquellos dos señores, y, muy satisfecho, sacó el paquete y dió el cambio con esa ostentosa vanidad del campesino que goza en mostrar su bolsa bien provista.

(1) Americana.

Terminada la operación, Mauricio fué invitado, con insistencia, a entrar en un establecimiento cercano, y aceptó gustoso. ¡Aquellos señores eran tan amables! Pidieron coñac. Mientras servían, Mauricio se impuso de que sus improvisados amigos eran negociantes en ganado. Acababan de vender una partida de más de quinientos novillos, con una ganancia de diez y siete colones por cabeza, y eso lo hacían dos o tres veces en el mes. No siempre ganaban esas sumas, pero, en fin, se conformaban.

Después de apuradas las primeras copas, Mauricio pidió otras, y luego otras.

.....
Aquello era un vértigo... ¡Qué bien corrían esos coches sin caballos! Mauricio veía pasar la gente por las aceras, como una confusa cinta cinematográfica... Sentía, bajo el brazo, el paquete de billetes de banco, y en su borrachera sonreía, satisfecho, creyéndose un potentado que llevaba en el bolsillo toda la felicidad del mundo.

A cada rato quería apearse para beber más, pero sus acompañantes, riendo y elogiando su esplendidez lo detenían.

—No, ya hemos bebido bastante... Ahora vamos a llevarlo a una casa donde se divertirá mucho...

El auto se detuvo frente a una hostería de las afueras. Mauricio pagó, y entraron por un largo

pasillo que desembocaba en una gran cocina. Frente al pasillo, y cubriendo la entrada, había una ~~tablaya~~ *mampuca* ancha, forrada de papel lleno de lamparones y de grasa. En el centro, un poco hacia la izquierda, al lado de un fogón enorme, tres mujeres se ocupaban en servir algunos platos del contenido de las ollas, que hervían llenando la estancia con los tufos de aquellos condimentos sospechosos. En algunas mesas dispuestas sin orden, al acaso, como mejor lo permitía aquel pavimento de tierra lleno de altibajos, comían algunas muchachas sus raciones de bazofia, hablando y gesticulando en ademanes groseros y descompuestos.

Sobre una de las tantas mesas, en que comía una de ellas, estaba sentado un campesino, que conversaba animadamente con la muchacha, que se daba prisa en el manejo de la cuchara de latón con que devoraba el contenido de los platos. A veces él se recostaba sobre un codo en la propia mesa, y en poco más se sienta sobre los platos que quedaban allí, casi entre sus piernas.

Mauricio notó, con admiración y regocijo de felino, que casi todas aquellas muchachas eran jovencitas, muchas de ellas aún vestidas de corto; ostentaban grandes y vistosos lazos de cinta tendidos sobre las sienas, y a pesar de los afeites de que tenían cubierto el rostro, advertían *se* aquellas facciones ya marchitas y macilentas por el trasnocho y la depravación.

Flores en botón, y ya roídas por el gusano del vicio; frutas podridas antes de madurar, caídas al arroyo, arrastradas como un despojo de la lujuria que las ~~había comprado~~ compró allá en el hogar lleno de miserias o de infamias, donde fué a buscarlas el oro corruptor de las proxenetas de arrabal, ~~ya~~ que luego siguen una vida miserable, vendiendo sus caricias, que no son otra cosa que torpes y desmañadas caricaturas de amor, inspiradas por el hambre o la perversión.

Mauricio y sus *dos amigos* ocuparon una mesa malamente acondicionada, sobre la cual lucía en un frasco de vinagre, el rojo subido de los chiles,⁽¹⁾ y empezaron el gaudeamus, porque la gazuza se les había despertado después del paseo y las libaciones.

Conversaban animadamente mientras les servían, cuando una chiquilla morena, tocada con gran lazo de cinta color rosa, llena de afeites y de perifollos, se acercó a Mauricio, y poniéndole familiarmente una mano en el hombro, le preguntó con, el mayor descoco:

—¿No me *convidas*?

A Mauricio se le encandilaron los ojos. Para hacer ver que él también era persona que *la sabía correr*, rodeó la cintura de la chiquilla con su brazo, la atrajo a sí, sentándola sobre una pierna, y dándole su vaso que contenía restos de licor, contestó:

(1) *Ají*

—Por supuesto, palomita, *sentate y comés* con nosotros.

La chica no se hizo de rogar, y después de apurar el contenido del vaso a la gorgorotada, empezó a animar la mesa con sus dicharachos y risotadas.

Comprendió, desde luego, cierta señal de inteligencia que uno de los acompañantes de Mauricio le había hecho al sentarse. De allí en adelante, todos los extremos y mimos de la chiquilla iban dirigidos a Mauricio, quien no dejaba de sentirse orgulloso por aquella preferencia que, en su sencillez de campesino, no acertaba a explicarse.

Las libaciones continuaron, y Mauricio no se dió cuenta cuando sus dos acompañantes, aprovechando un momento oportuno, pusieron pies en polvorosa.

Casi se alegró del suceso, temeroso de que alguno de ellos le hubiese querido burlar la ~~postura~~ ^{conquista} de la chiquilla, ~~de cuya conquista se mostraba tan ufano.~~

Era ya de noche, cuando Mauricio fué conducido, por aquella Mesalina de quince años, a uno de tantos cuartuchos, verdaderas pocilgas del hampa, en que se revuelca el vicio en sus manifestaciones más soeces y repugnantes.

XXX

Cuando Engracia vió entrar en el patio de su casa a Mauricio, sintió que su corazón se oprimía dolorosamente.

Llegaba en un estado de ebriedad lamentable, casi inconocible, en camisa, vistiendo un sucio pantalón de dril, y cubierto con un mal sombrero de palma, en vez de su flamante traje azul y su fino ~~jipi-japa~~.

Trabajosamente echó pie a tierra, y se llegó a Engracia mascullando algunas palabras.

Ella le miraba entre compasiva y airada, horriblemente pálida, y guardó silencio, ese silencio que hiere más que cualquier exaltada reconvencción, muda protesta en que la indignación que estalla en el alma, allí queda como una llamada que todo lo calcina... Luego, algunas lágrimas, manifestación espontánea del dolor y del quebranto que no hallan en ciertos temperamentos otra manera de cristalizarse.

Cuando Mauricio entró al dormitorio, dando traspiés, y Engracia oyó crujir el lecho donde aquél cayó pesadamente, la infortunada dió rienda suelta a su pesar. Dejóse caer en un banco

del corredor, y allí estuvo largamente entregada a las más tristes reflexiones.

Era ya muy entrada la noche cuando Engracia se levantó. Recordaba que Mauricio no trajo consigo las alforjas de cuero en que solía guardar el dinero, producto de sus negociaciones; luego, lo tendría en los bolsillos del pantalón.

Entró al cuarto y encendió una vela. Mauricio dormía profundamente, como un trozo tumbado, con una pierna caída, que colgaba en el borde de la cama. Palpó los bolsillos: un pañuelo sucio, algunas monedas de plata, cigarrillos... —¿Qué habrá hecho el dinero? — se preguntaba ansiosamente.

Intentó hablarle; le movió, aun a riesgo de provocar una escena violenta. Los ojos entreabiertos del beodo reflejaban, como una chispa, la luz de la bujía; rojo, sudoroso, congestionado. Pensó si habría tenido el buen juicio, al sentirse trastornado por el alcohol, de dejar el dinero en poder de algún amigo para que lo guardase. Tal vez Rafael María... *ñor* Ignacio...

Los mozos que llevaron las carretas con los cereales habían regresado hacía dos días, y no sabían nada de Mauricio, quien los había despedido asegurándoles que en seguida se pondría en camino.

La pobre Engracia cavilaba... —¿Cómo pasar la noche en tal incertidumbre?

El beodo seguía resoplando, con aquella respiración de bestia, apestoso a alcohol.

Engracia lo contemplaba con expresión de enojo, de repulsión, de lástima; probó a desnudarlo para que durmiera mejor, pero tuvo que desistir: no podía mover aquel cuerpo pesado, con toda la pesantez de la inercia.

—Si llamara a alguien en mi ayuda?—pensó—mas, un sentimiento de vergüenza la hizo desistir de aquella idea. Se resolvió, pues, a pasar la noche de cualquier manera, y se acostó allí, cerca, en un lecho que improvisó con dos bancos y algunas sillas.

* * *

Cuando Engracia supo la verdad de lo ocurrido fué inmensa su aflicción. Mauricio contó una historia. Había sido robado en el hotel donde durmiera la primera noche de su estada en San José; la policía y los detectives habían trabajado con verdadero empeño, y tan pronto creían tener un hilo de aquella madeja, ésta se enredaba más y más; sin embargo, recaían sospechas sobre dos individuos, *ganaderos*, que se habían esfumado como se esfuman casi siempre esos seres que busca la policía para ajustar cuentas, y que resultan intangibles, misteriosos, como engendros diabólicos que escapan a toda persecución, después de hacer saltar las cajas de hierro con dinamita, de asaltar joyerías y de

desvalijar a los incautos. La prensa había llenado páginas y más páginas relatando el escandaloso robo hecho «a un acomodado campesino, un joven *simpático y trabajador*, que había caído en un antro de corrupción, arrastrado por un par de pícaros, etc., etc.»

Después de este suceso, Mauricio cayó en una postración moral que causó a Engracia serios temores. Abandonó el trabajo, vagaba por los rastrojos y matorrales, hablando y gesticulando, y eran frecuentes en él los accesos de ira. Estaba intratable; hubo días en que no habló con Engracia dos palabras, y parecía huír de ella.

Las libaciones eran más frecuentes, y a poco la ebriedad fué su estado habitual.

El excelente *ñor* Ingacio, su vecino, había tratado, al principio, de alentar al cuitado, inspirándole confianza en el trabajo, a fin de que se rehiciera de las pérdidas sufridas.

—¡Qué caray! —le decía — todos, cual más, cual menos, hemos experimentado pérdidas... y por eso nadie se echa a morir... Se aprietan más los puños, y *palante!* La tierra es una madre que no se cansa de darnos con creces, y no se ha vuelto piedra... Y arriba no falta agua *pal* riego, ni te faltan brazos, ni mujer a quien querer. ¡Qué caray! Con que *aprieta pa* bajo, y a buscar el desquite a *juerza* de puños.

Pero Mauricio, en el apocamiento en que vivía,

no entendía de estas sanas filosofías, tan pintorescamente predicadas por su vecino, y allí se andaba ganduleando, mano sobre mano, llorando la pérdida de su cosecha y maldiciendo de su mala estrella. *Ñor* Ignacio había renunciado ya su papel de consejero, pues sus insinuaciones y exhortaciones no tenían otro resultado que el de provocar la irritación de Mauricio, quien le había dicho, en pocas palabras, que él era dueño de lo suyo, y que a nadie le importaba lo que hiciera; que no necesitaba de consejos, sino de dinero para pagar intereses, y que le dejara en paz, y cada uno en su casa.

Rafael María estaba al tanto de todo, y la vida, el porvenir de Engracia se presentaba a sus ojos, de nuevo, como un intrincado problema cuya solución no acertaba a encontrar. Varias veces estuvo a punto de ir a casa de Mauricio, conversar con él, hacerse cargo de su verdadera situación, y prestarle su ayuda, para ponerlo a flote en aquel naufragio en que le veía hundirse, pero otras tantas había cedido a las reflexiones de *ñor* Ignacio, quien le decía:

—Ni lo intente siquiera; es un hombre perdido, y hundirá con él a todo el que se le acerque para prestarle ayuda.

Y de nuevo, Rafael María asumía su papel de simple espectador en aquel drama que se desarrollaba con toda su inflexible lógica, que

corría a su desenlace envuelto por el furioso torrente de los acontecimientos. Y Engracia estaba allí, en medio de la vorágine... ¿Cómo abandonarla, después que él mismo la había arrojado en el torrente? Nunca! Él era el único responsable de aquella desgracia. Sentía necesidad de verla, de hablarle, de ofrecerle su ayuda, y de pedirle perdón, arrodillado a sus pies. No más dudas, iría allá.

Y lo hizo como lo pensó. Al caer la tarde de ese mismo día, desmontaba frente a la casa de Mauricio. Amarró la cabalgadura y se disponía a entrar, cuando le pareció oír voces alteradas en el corredor.

Miró atentamente al través del follaje de la cerca, y vió a Engracia sentada en uno de los bancos, y a Mauricio de pie, cerca de ella, que gritaba acalorado y con grandes manotadas.

Pronto comprendió Rafael María cuál era el motivo de aquel altercado.

Mauricio, urgido imperiosamente por la necesidad de una suma de dinero, insistía en que Engracia accediera a hipotecar las dos casas de San Roque que habían sido inscritas a nombre de ella. Engracia se resistía al principio, pero luego parecía conformarse con los deseos de su marido, a quien pedía alguna tregua para resolver.

Mauricio vociferaba, y hubo momentos en que Rafael María creyó que iba a maltratar de obra *ella.*

—Por última vez — gritaba Mauricio, con voz ronca y amenazadora— ¡Convienes o no?

— ¡Espera unos días!... —suplicaba ella—. No hay tanta urgencia... Hasta el último del mes.

Rafael María empujó la portezuela y entró resueltamente.

Mauricio, al verlo, hizo un ademán de impaciencia, y volviendo la espalda entró a la sala y salió por el fondo hacia el potrero.

Aquel desaire no lastimó a Rafael María, que tenía puesto en otro lugar todo su corazón.

Avanzó hacia Engracia, que le miraba sorprendida, y la saludó cariñosamente. Ella, disculpando, le dijo:

—Disimule a Mauricio, que está un poco ocupado... No debe tardar.

—No te preocupes, lo he oído todo... Estaba allí...

— ¡Ah! — exclamó ella enrojecida al verse descubierta.

— ¡Es qué pensabas ocultarme la verdad?

—Son cosas que a nadie interesan — aventuró ella tímidamente.

— ¡Ni a mí? — preguntó, anhelante, Rafael María. — ¡Soy acaso un extraño para ti?

Ella bajó los ojos y guardó silencio. Después de una pausa repuso:

— ¡Y qué quiere que haga! Al fin es mi marido... Es dueño de lo mío. ¡Cómo puedo abandonarlo en sus necesidades?